

LA BATALLA DE BRIÓN

(Publicado en ibmemeritos.org)

El duelo



Tras la batalla

La iglesia derrama sobre su amplio atrio un caudal de vestidos sombríos y semblantes pálidos. La oscuridad, la tristeza y el orvallo inundan el ambiente. Mujeres con mantilla, civiles de luto y militares uniformados. Viudas, madres, familiares y amigos, todo el pueblo en suma llora la muerte de sus seres queridos.

Iglesia de San Julián, Ferrol, día 23 de diciembre de 1805. Se acaba de celebrar el *Te Deum* por todos los que quebraron su vida en el sangriento combate de Trafalgar, el infausto día 21 de octubre de 1805, en el que España perdió lo mejor de su Armada y muchos de sus mejores marinos. En total 3 oficiales generales —el teniente general D.

Federico Gravina y los brigadieres D. Dionisio Alcalá Galiano y D. Cosme Damián de Churruca—, 32 jefes y oficiales, 1268 miembros de tropa y marinería y 10 navíos de guerra.

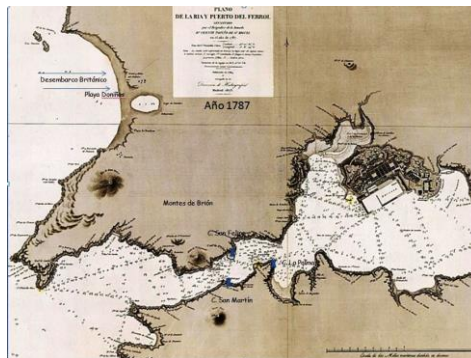
Fue un golpe mortal a la Marina española que cambió el destino de Inglaterra, Francia y España. Los habitantes de Ferrol, como los de todos los departamentos marítimos, tuvieron que llorar por largo tiempo la muerte de sus seres más queridos. Gran parte de los buques y personal de marina habían salido el departamento de Ferrol.

La joven viuda de Churruca, con mantilla y vestido oscuros, se mantenía erguida rodeada por oficiales y amigos que le mostraban su sentimiento y trataban de proporcionarle un consuelo imposible. «Si Villeneuve hubiese atendido los informes del brigadier Churruca, que requerían que la flota permaneciera en la bahía de Cádiz, no hubiera ocurrido este desastre e incluso hubiéramos podido ganar la batalla», se escuchaba murmurar. Churruca no había aprobado la salida a mar abierto de la flota combinada. «Los ingleses tendrían que utilizar tres escuadras para bloquear Cádiz, Cartagena e incluso Tolón, y con la llegada de las tormentas y el invierno sufrirían grandes desgastes y averías, que los harían vulnerables». Pero hubo que obedecer las órdenes de Villeneuve y de Godoy, que ostentaba los pomposos títulos de Príncipe de la Paz y Generalísimo de las tropas de mar y tierra.

Lentamente los grupos se dispersaron por las calles aledañas hasta que el atrio fue ocupado por un triste vacío. Solo permanecieron dos marinos en cuyas bocamangas y hombreras se mostraban los distintivos de sargento. Eran de los pocos afortunados que no habían perdido algún hijo o familiar. Se habían abrazado con sus amigos y les habían ofrecido consuelo y toda la ayuda que pudiesen necesitar en tan tristes circunstancias.

Comenzaron a caminar silenciosos hasta alcanzar la taberna del barrio de la maestranza en donde solían reunirse con sus compañeros. Estaba abierta y vacía; un anciano tabernero les atendió. «Tráenos unos vasos de orujo; mejor, deja aquí la botella».

Apuraron un vaso tras otro y por fin comenzaron a hablar. «¿Cómo es posible que



Mapa de la ría y el puerto 1787

los malditos ingleses nos hayan derrotado? Si hace solo cinco años que salieron de estampida tras el combate de Brión».



Castillo de San Felipe

«Claro, pero entonces no estábamos a las órdenes de los gabachos. ¿Qué sabrá de los océanos ese sanguinario Napoleón?» «¿Y qué me dices del inútil y pusilánime de Villeneuve?»

La botella estaba ya vacía y pidieron otra de la que comenzaron a dar buena cuenta. «Claro que por nuestra parte no quedamos a la zaga. Ahí tenemos nada menos que al Príncipe

de la Paz, Almirante de toda la Armada, chico para todo del rey y amante de la reina en sus ratos libres, que son bastante frecuentes. ¡Es que no tenemos perdón!».

—¿Te acuerdas cuando una formidable flota con más de cien buques, con diez navíos de guerra y otros bajeles, cargados con más de quince mil hombres armados hasta los dientes, fondeó frente a la playa de Doniños? ¿Y que, tras el desembarco, los ingleses comenzaron a subir por el monte de Brión?... ¡Cómo corrían cuando les hicimos frente!

—¡¿Cómo no voy a acordarme?!... Yo estaba en una de las cañoneras que abrían fuego desde la ría, entre los castillos de San Martín y La Palma y el castillo de San Felipe. Lanzábamos nuestros proyectiles sobre los ingleses que intentaban bajar por la ladera del monte.

—Bueno, no te apuntes toda la victoria. Yo me encontraba entre la guarnición, poco más de 500 hombres, que escondidos entre los árboles y cambiando constantemente de posición disparábamos sobre los atacantes desde todos los ángulos posibles, causándoles numerosas bajas, de manera que los ingleses creyeron que nuestras fuerzas eran muy numerosas y decidieron detener el ataque hasta el amanecer. De esta forma pudieron acudir las guarniciones de la zona en nuestra ayuda.

Prácticamente ya habían dado buena cuenta de la segunda botella de orujo. Ambos tenían las cabezas reclinadas sobre sus brazos cruzados encima de la mesa. Sus cuerpos les pesaban, pero sus recuerdos eran cada vez más lúcidos.

—Claro, todos fuimos muy importantes en la lucha. La cosa pudo ponerse fea cuando los ingleses reiniciaron el ataque para tomar San Felipe. Pero los atacantes fueron dispersados por nuestro fuego. Recibían fuego de todas partes. Desde los castillos de San Martín y La Palma, en el otro lado de la bocana de la ría. Fuego de las cañoneras situadas en la ría. Y fuego cruzado de los fusileros situados en los cuernos del hornabeque de San Felipe.

Sus cabezas estaban casi tocándose encima de la mesa. Ambos extendieron los brazos hasta abrazar el uno la nuca del otro. «¡Qué grande fuimos, compadre!», exclamaron a la vez.

—Y el almirante inglés, Warren, creo que se llamaba, ante las numerosas bajas, decidió reembarcar lo que quedaba de sus tropas, puso vela y escapó a todo trapo hacia sus malditas islas.

—Te repito ¿Cómo es posible que nos hayan derrotado en Trafalgar?... Aunque creo que todos lo sabemos muy bien.

—Tabernero ¿No te has dado cuenta de que nos has traído una botella vacía?

Fueron sus últimas palabras antes de que el sueño les venciera, abrazados con los brazos extendidos sobre la mesa de castaño.



Ría y Castillos

La batalla de Brión se desarrolló durante los días 25 y 26 de agosto del año 1800. El recuerdo ha permanecido en la memoria colectiva. Los protagonistas han logrado que los acontecimientos se transmitan de generación en generación, distorsionándose en ocasiones, siendo difícil diferenciar lo que es mito, leyenda o interpretación personal de los propios actores. Además, los documentos oficiales de los españoles y los ingleses —me permito utilizar el gentilicio inglés con el significado de británico, como suele hacerse popularmente— interpretan la batalla con descripciones muy diferenciadas, tanto en su desarrollo como en las cifras de efectivos y bajas.

Lo que aquí relato trata de buscar un equilibrio entre las versiones de los historiadores José Montero Aróstegui: *Historia de Ferrol* (1859), reeditado por Ediciones Embora, (2003); Indalecio Núñez Iglesias y Pedro Fernández Núñez: *El coloquio de Brión* (1977), CSIC; Santiago González-Llanos Galvache: *El ataque inglés a Ferrol de 1800* (2000), Ediciones Embora; y el almirante Miguel Ángel Fernández Fernández: *Dos días de gloria* (2014), Deputación da Coruña, que contiene unas magníficas ilustraciones. (<http://www.miguelfernandez.es>). Las acuarelas reproducidas en este relato, cuyo autor es el almirante Fernández, pueden verse en la web <https://elretohistorico.com>. Estos historiadores se apoyan en documentos oficiales, como los partes dados por las autoridades navales y militares y la relación de premiados por su heroico comportamiento, así como el diario del teniente general Moreno, que comandó la escuadra española. Principalmente a partir de *El coloquio de Brión* y *El ataque inglés a Ferrol de 1800*, se realizan también detallados análisis de las fuentes documentales inglesas.



Escudo de El Ferrol

LA BATALLA DE BRIÓN

Precedentes y primer combate

Todo comenzó siglos atrás, si bien me concentraré en los acontecimientos más cercanos. El día 25 de julio de 1795 se firmó el tratado de Basilea entre España y Francia. A partir de esa fecha la flota española fue desarmada cuando aún disponía de gran eficacia. El día 19 de agosto de 1796 se firmó el segundo tratado de San Ildefonso, en el que España y Francia decidieron unir sus fuerzas frente a Inglaterra.



El Tratado de Basilea

Es difícil imaginar que nuestro país, que se había incorporado a la coalición de naciones monárquicas para combatir a la revolución tras caer la cabeza guillotizada de Luis XVI en el año 1793, cambiase de forma tan radical sus políticas de alianza. Aparte de la razonable prevención respecto a la potencia británica, cabe pensar en que la influencia de Godoy hubiese convencido a Carlos IV de que, cuando cayese la república, podría optar al trono de Francia. Todo se desvaneció tras el golpe de 1799,

que proclamó a Napoleón primer cónsul y emperador poco después. Traigo aquí la oportuna cita de Borges que hace el almirante Fernández: «*los reyes eran irresponsables como dioses*».

Como consecuencia del tratado de San Ildefonso, Inglaterra declara la guerra a España. El día 14 de febrero de 1797 tuvo lugar en las proximidades del cabo de San Vicente el enfrentamiento entre la escuadra inglesa y la española, en el cual nuestra Armada sufrió grandes pérdidas. Ya el almirante Mazarredo había informado a Godoy de la precaria situación de nuestra Armada. Como es habitual, Godoy mató al mensajero, es decir, destituyó a Mazarredo, entregando el mando al teniente general Córdova. Este fue cesado y expulsado de la Armada tras la batalla de San Vicente. A partir de su victoria, las escuadras inglesas hostigaron a las fuerzas españolas en Europa y América. Se bloqueó el puerto de Cádiz, con lo que se arruinó el comercio con América, lo que afectó gravemente a la economía y al empleo.



Batalla del cabo San Vicente

Estas desgracias que afectaron a toda España se hicieron sentir particularmente en los departamentos marítimos. La población de Ferrol veía con tristeza perecer a sus hijos en ultramar y no contaba con más elementos de subsistencia que los presupuestos para el desarrollo de la Armada.

Al comenzar el año 1800 hacía ya siete meses que no se abonaban las pagas a las clases de Marina y la villa estaba en una situación precaria, incluidos los arsenales y defensas. William Pitt —llamado *El joven* para distinguirlo de su padre—, primer secretario de Su Majestad, que había conocido los arsenales de Ferrol en un viaje realizado en su juventud y disponía de información sobre su situación actual, vio una



El Real Carlos

gran oportunidad para acabar definitivamente con la flota española. De manera que encomendó a Henry Dundas, secretario de estado para la Guerra, que tomara las medidas oportunas para que la gran expedición que se estaba preparando para enfrentarse a Napoleón en Egipto, atacase Ferrol por sorpresa y destruyera sus arsenales y la flota española.

Por aquel entonces el comandante general del departamento, en calidad de interino, era el teniente general D. Francisco Javier de Melgarejo, que entregó el mando de la escuadra al teniente general D. Joaquín Moreno.

A mediados del mes de agosto, una gran flota inglesa comandada por el contraalmirante Warren cruzaba el canal de La Mancha. Al amanecer del día 25 se presentó frente a las costas de Ferrol. Según Montero Aróstegui, «se componía de 7 navíos de guerra —dos de ellos de tres puentes—, 6 fragatas, 5 bergantines, 2 balandras, una goleta y 87 buques de transporte, que conducían tropas de desembarco al mando del teniente general Pulteney». Otros autores señalan entre 105 y 108 velas. Esta divergencia puede ser debida a que el amanecer se presentó nuboso, con el horizonte tomado, lo que dificultaba la visibilidad de las vigías. Las fuentes inglesas reflejan que la fuerza naval era de 97 velas, incluidos 5 navíos, con un total de 13.366 individuos y 16 cañones de campaña, si bien un marino francés que venía prisionero y pudo escapar estimaba que había un total de 15.000 hombres, entre infantería, artillería y caballería.

A las 8 de la mañana, el vigía de Monteventoso dio el primer parte al teniente general Melgarejo, notificando que a las 7 de la mañana había divisado una poderosa fuerza naval a una distancia de 4 a 5 leguas. A las 11 de la mañana dio el segundo informe. Según Montero Aróstegui y otros autores, las autoridades civiles y militares españolas se hallaban en el palacio del capitán general de Marina, en una recepción para celebrar la onomástica de la Reina María Luisa de Parma. Pero estaban tan acostumbrados a que los británicos merodearan nuestras costas que no se activó ninguna alarma y los actos de celebración continuaron con toda normalidad. Según un diario atribuido al teniente general D. Joaquín Moreno, jefe de la escuadra —publicado por D. Francisco de Paula Pavía en 1873— aquél se dirigió al cerro de vigía y pudo contemplar la escena del ejército inglés iniciando el desembarco. Regresó de inmediato e informó a Melgarejo del inminente peligro que acechaba. Antes de regresar del cerro dedicó unos segundos a dejar una frase para la historia, dirigida a su ayudante, llamado Power, por cierto. «*Qué vista tan magnífica si no nos amenazara*».

Tanto el relato de Montero Aróstegui como el de Moreno son cuestionados por varios historiadores. Por ejemplo, en los partes rendidos por Moreno no se menciona lo descrito en su presunto diario. Y en los partes de Melgarejo se citan únicamente los partes del vigía, sin mencionar el informe de Moreno. En cualquier caso, Melgarejo ordenó el desembarco de 595 hombres de tropa, entre marinos e infantes, a las órdenes del capitán de navío D. Ramón Topete, para que se dirigieran a tomar las alturas de Brión. Se tomó la decisión de que no saliera la escuadra, según un parte de Melgarejo, tanto por la superioridad de la fuerza



Primer combate

del enemigo como por la dificultad de la maniobra al soplar el viento del norte.

Sobre las cuatro de la tarde habían desembarcado en Doniños, playa situada a 9 km. de Ferrol, entre 10 mil y 12 mil efectivos, que rápidamente tomaron las baterías de la playa y comenzaron el ascenso por dos flancos de la colina de Brión en columnas que rodeaban la laguna de Doniños. La guarnición de la escuadra se dirigió por la ladera opuesta, desde la ribera a la cima de Brión. Sobre las seis treinta de la tarde se encontraron en las alturas las tropas españolas e inglesas, entablándose un feroz tiroteo que causó importantes bajas en ambas fuerzas. Los españoles, conocedores del terreno, cambiaban constantemente de posición, ocultándose tras los árboles y atacando desde diversos ángulos. Era tal su valor y determinación en el ataque que no se apercebieron que se estaban enfrentando a la vanguardia de élite de las tropas inglesas, compuesta por unos cuatro mil hombres, incluidas tres compañías de los *Riflemen*, cuerpo de élite armado con el nuevo *Baker Rifle*. Al anochecer cesó el fuego. Tuvo aquí su bautismo de fuego un jovencísimo segundo subteniente que aún no había cumplido los 17 años. Con el tiempo sería D. Rafael Maroto, general carlista que se abrazó en Vergara con el general Espartero.

Debo decir que personalmente me sorprende, con los datos que he recabado, que, a pesar de que el primer aviso tuvo lugar a las 8 de la mañana y el segundo a las 11, la guarnición de la escuadra no alcanzase las alturas hasta las 6 y 30, cuando se encuentran con la vanguardia inglesa. Incluso González-Llanos, que es escéptico sobre la versión de Montero Aróstegui, afirma que «*Este grupo desembarcó a primeras horas de la tarde... A las seis y media, se encontró con la vanguardia enemiga, a la que atacó*». En *Los coloquios de Brión* también se cuestiona el retraso del desembarco de la guarnición de la escuadra española. Es posible que los historiadores puedan clarificar esta cuestión, pero el hecho de que la guarnición no desembarcase hasta las primeras horas de la tarde puede ser un argumento favorable a la versión de Montero Aróstegui de que la recepción que se celebraba en la Capitanía General no se interrumpió ante los primeros avisos. Si bien, como se ha dicho, varios historiadores no comparten este relato. Y por mi parte, carezco de más información al respecto



El abrazo de Vergara

LA BATALLA DE BRIÓN

La batalla



Lancha cañonera

Los españoles no descansaron aquella noche. Acudieron todos los defensores de la plaza, unos dos mil hombres, que ocuparon las alturas de los montes colindantes. Se reforzaron los cañones del castillo de San Felipe y se montaron cañones de grueso calibre en los buques de la escuadra, que se ubicaron próximos a los castillos de San Martín y La Palma, frente a San Felipe. Se ordenó así mismo que las cañoneras que estaban en la ría de Ares se dirigieran a Ferrol, consiguiendo entrar en la ría pese a la persecución de una fragata inglesa.

El conde de Donadio, como mariscal de campo, tenía la responsabilidad de la defensa de la plaza. En total contaba con 1903 individuos de tropa, además de los oficiales. En base a la narración de Montero Aróstegui, que esencialmente coincide con la de los demás historiadores españoles consultados, la formación de las tropas españolas al rayar la aurora del día 26 era la siguiente: el centro estaba compuesto por las compañías de granaderos, el ala derecha y el ala izquierda la formaban los fusileros. La segunda línea estaba formada por toda la tropa de Marina. Como expone el almirante Fernández: *«Los hombres de uniforme, pálidos, limpian sus armas en hondo silencio, quizás haya que morir al amanecer».*

El alba se rompió con un intenso fuego. Donadio consideró que las tropas de refuerzo no llegarían a tiempo y decidió iniciar el ataque. Las tropas españolas de primera línea se lanzaron sobre el enemigo con admirable valor y decisión, ocasionándole sustanciosas pérdidas y obligándole a abandonar su ventajosa posición, a pesar de que sus fuerzas eran muy superiores a las españolas —casi las quintuplicaban en número— y a que, durante la noche, habían conseguido subir dos cañones. Sin embargo, esta situación no podía mantenerse. Los ingleses comenzaron a rodear a los españoles y ante el probable corte de las líneas de los defensores, el mariscal de campo determinó retirarse a la plaza para reorganizar la defensa. Según el parte de Donadio, *«el enemigo tenía en su frente 9.000 hombres, con uno o dos cañones violentos».*

Las tropas británicas quizás debieron seguir a las españolas en su retirada y continuar atacando, dada su enorme superioridad numérica. Sin embargo, tomaron la decisión de avanzar hacia San Felipe, posiblemente con el objetivo de tomar el castillo y de esta forma controlar la entrada de la ría y, tal vez, facilitar la entrada de la flota inglesa.

Los partes oficiales españoles describen con laconismo militar el rechazo al ataque. Melgarejo dice en sus informes que *«a no haber sido por el tesón, acierto y constancia con que los fuegos de las lanchas cañoneras, batería flotante y demás buques del rey, han incomodado y contenido a los enemigos, es muy de recelar no hubiesen desistido con tanta prontitud y tan indecorosamente a su conquista».* Por otra parte, en el diario del teniente general Moreno se narra lo siguiente: *«A las 10 de la mañana, una columna de 4.000 hombres se dirigió a tomar el castillo de San Felipe por la espalda».* Señala que hicieron fuego contra los atacantes los cañones instalados en la gola del castillo, las lanchas cañoneras y también los cañones del castillo de La Palma, y que *«estos fuegos hicieron gran estrago entre los enemigos, pues se vieron caer muchos montones de muertos».* Según Montero Aróstegui y otros historiadores, los ingleses

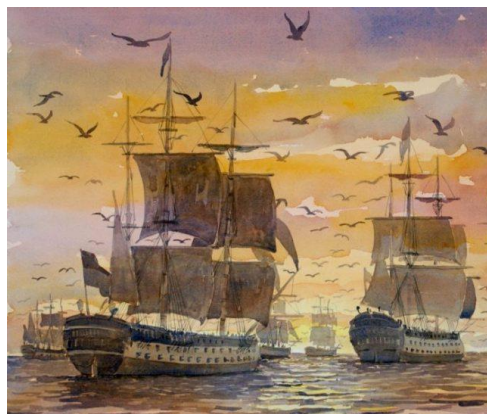
intentaron tres ataques, que fueron rechazados con gran contundencia y con muchas bajas del enemigo.

De esta forma, el factor sorpresa con el que los ingleses contaban para destruir la flota y los arsenales resultó frustrado. A las 4 de la tarde del mismo día 26 un cañonazo de la escuadra inglesa da la señal de retirada. Por otra parte, comenzaron a llegar refuerzos que el capitán general de Galicia había enviado cuando recibió el aviso de Melgarejo. A partir de entonces Donadio dio órdenes para ocupar las alturas y proteger la plaza, no obstante las noticias del reembarque. Según un parte de Melgarejo, los ingleses incendiaron casas y bosques en su retirada y saquearon cuanto ganado encontraron. El reembarque se realizó a la 1 de la madrugada del día 27, permaneciendo la escuadra fondeada frente a Doniños. A las 6 de la tarde las naves inglesas pusieron vela y se alejaron rumbo oeste de las costas españolas.

Al amanecer del día 27 el mariscal Donadio dio orden de reconocer el campo, con lo que se comprobó que estaba abandonado. En su último parte, Melgarejo informa que «*el reembarque de los enemigos fue tan precipitado que dejaron en las playas una porción de tablonería, picas y sacos, como también tres lanchas y un bote*».

Según las opiniones de los historiadores españoles, Warren tuvo en consideración las bajas sufridas y la evaluación del contingente enemigo. En efecto, las columnas volantes distribuidas por el entorno de la plaza, el movimiento de los arsenales y la maestranza, la eficacia de las baterías y los buques, y la determinación de las fuerzas españolas le hicieron creer que se enfrentaba a un ejército con muchos más efectivos que los reales. Por otra parte, el tiempo había comenzado a empeorar y amenazaba una tormenta.

Montero Aróstegui cifra el número de bajas inglesas, «*según noticias*», del orden de 1000 fallecidos y 800 heridos, incluidos los ahogados en el reembarque. Por parte española las bajas fueron, entre oficiales y tropa: 36 fallecidos, 102 heridos y 5 desaparecidos. Hay que hacer constar que hay profundas discrepancias respecto a las bajas británicas. Montero Aróstegui no menciona la fuente de sus datos. Posiblemente se refiera al informe 554 de Melgarejo, que se recoge en la Gaceta extraordinaria de Madrid del domingo 31 de agosto de 1800, número 70. En la página 781 indica que las cifras de 800 heridos y 1000 muertos se obtienen «por declaración de un



Retirada de la flota inglesa

marinero francés que se hallaba prisionero en los buques enemigos y pudo escaparse». Estas cifras contrastan con las referencias inglesas. Según el informe de Pulteney sobre la llamada *Ferrol expedition*, hubo 5 heridos y ningún fallecido entre los oficiales y 63 heridos y 18 fallecidos entre la tropa. Unos y otros datos son bastante cuestionables. Los autores de *El Coloquio de Brión* rechazan la credibilidad del marinero francés, lo cual parece lógico. Por otra parte, el informe de Pulteney, a pesar de ser presentado ante el Parlamento, deja muchas dudas, dada la intensidad de los combates. Los británicos no solían ofrecer información demasiado precisa acerca de sus derrotas, como ya había ocurrido en la batalla de Cartagena de Indias. A título de ejemplo, en el informe de Pulteney no se menciona explícitamente el ataque al castillo de San Felipe, cuando todas las fuentes españolas y la relación de los defensores premiados lo confirman, como expone muy claramente Santiago González-Llanos. «*El ataque al castillo tuvo lugar, fracasó y los ingleses fueron repelidos*».

Al margen de la guerra de cifras, lo cierto es que la batalla de Brión fue un hecho de armas muy notable, en el que un ejército, con la ayuda de milicias populares, repelió a un invasor muy superior en hombres y en medios, obligándole a retirarse tras sufrir

importantes bajas. Se recibió la felicitación del general Moreau, jefe del ejército francés del Rin, así como la del propio Napoleón Bonaparte.

Este hecho es reconocido en *La historia Naval de Gran Bretaña* (William James, 1826). Cito aquí la transcripción del Almirante Fernández: «*Lo probable es que había al menos 8.000 ingleses para batir a 4.000 soldados españoles. Que aquéllos no lo hicieron, razón del justo triunfo de los últimos*». Ya hemos visto que los españoles que participaron en el combate eran solamente 1.903, además de los oficiales, pero su movilidad, determinación y arrojo hizo pensar a los ingleses que se trataba de un ejército mucho más numeroso. Un nuevo error, pues, en los informes ingleses.

El Rey Carlos IV concedió dos meses de gratificación a todos los que habían intervenido. Así mismo, dos pagas y la orfandad y viudedad por vida de los dos tercios a las viudas, hijos, padres pobres y madres viudas. A todos los defensores se les autorizó a usar en la bocamanga el escudo de honra.

Al día siguiente de la batalla se celebró un solemne funeral en la Iglesia de San Julián. Este evento se continuó celebrando durante siete años, hasta que dejó de realizarse en el año 1807. No hay documentos que testifiquen esta decisión, si bien es lógico pensar que la causa haya sido la alianza con los ingleses ante la inmediata guerra de la Independencia.

En la actualidad se puede asistir a una recreación de la batalla en el propio castillo de San Felipe.



Recreación de la Batalla de Brión

Jesús García Tomás

jgarcia1937@gmail.com

<http://eloceanoylosmagnolios.es>

<http://eloceanoylosmagnolioswikidot.com>

<http://navegando.wikidot.com>